





“Crear un pueblo,
inventarlo sobre una superficie yerma y desolada,
debe ser una de las mayores satisfacciones
que darse puedan en la vida de una artista. (...)
Un pueblo es un pueblo y su fisonomía debe ser sencilla
como sencilla es la vida que en él transcurre.
Sencillez no quiere decir
falta de imaginación ni de significación.”

J.J. Tharrats, 1959

Los poblados de colonización en la “zona de Levante” 1950-1970

Andrés Martínez Medina, Justo Oliva Meyer, Dpto. de Expresión Gráfica y Cartografía,
Universidad de Alicante

Agua, tierra y casas: colonización de los “territorios de Levante” con nuevos poblados

La “zona de Levante”¹, para el Instituto Nacional de Colonización (INC), creado en 1941, se extendía por las cuencas de los ríos Turia, Júcar y Segura, y abarcaba las provincias de Castellón, Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Cuenca y Teruel. Los trabajos desarrollados por este organismo, a lo largo de tres décadas, supusieron un enorme esfuerzo de coordinación entre las distintas actuaciones productivas (las infraestructuras del riego, el tapiz de propiedades agrícolas y los mosaicos urbanos: agua, tierra y casas), el cual requirió de muchos y distintos equipos técnicos y de complicadas gestiones administrativas². Y aunque el conjunto de estas intervenciones cambiaría muchos de los paisajes poco humanizados de las cuencas hidrográficas afectadas, aquí sólo vamos a referir el urbanismo y la arquitectura de los poblados “rurales” que vinieron a colonizar el territorio.

Ahora bien, cada una de las cuencas hidrográficas del Levante presenta sus particularidades y no todas las actuaciones llevadas a cabo fueron de la misma índole, aunque su fin último fuese ampliar las hectáreas de regadío. En Alicante (1953-1962), se proyectaron dos poblados y un diseminado para convertir en campos de cultivo parte de los terrenos pantanosos en los cuales los colonos procederían de toda España. En Valencia (1950-1963), se proyectaron una serie de poblados, en su mayoría, para realojar a los vecinos cuyos pueblos habían quedado en el fondo de las nuevas presas o habían sufrido graves daños por efecto de las riadas, por lo tanto, no existieron movimientos migratorios. En Albacete (1959-1962), se proyectaron tres nuevos poblados satélites de una cabecera comarcal, Hellín, para aprovechar el agua de nuevos embalses donde los habitantes procedieron, básicamente, de la comarca, pero también de anteriores pueblos de colonización. Si bien no fueron éstas las únicas actuaciones³.

Estos nuevos poblados ¿eran ciudades, pueblos o aldeas? Su carácter rural, por su reducida dimensión y su vinculación al sector agrario, parece evidente. Pero ¿qué diferencia a una pequeña ciudad de un gran pueblo? Y si sus fronteras son difusas ¿acaso ambos no intentan ser un reflejo en su estructura urbana y en su arquitectura, a sus diferentes escalas, de la estructura social? En esta vasta labor del INC parecen confluir dos sueños: el de los gobernantes que definen una nueva sociedad y el del arquitecto que aspira a condicionar la misma a partir de la arquitectura que abarca toda la ciudad. Pero los paralelismos entre ciudad y sociedad son muy complejos y es muy probable que cualquier entidad urbana sea capaz de albergar distintos modelos sociales; aunque el arquitecto puede diseñar su forma, ésta contribuye poco a su organización social⁴.

Aún siendo este debate, ciudad y sociedad, bastante interesante, nos limitaremos al trabajo propio del arquitecto: poblado o ciudad, rural o urbano ¿es lo rural proyectar lo antiurbano? Seguramente no. Lo rural puede ser urbano o antiurbano, compacto o disperso, poblado o aldea. La aldea tiende a

mezclarse con la naturaleza mientras que el poblado aspira a ser ciudad, a diferenciarse de la naturaleza. Lo rural vincula las viviendas con la tierra, las sitúa a ras de suelo: cada solar sólo es soporte de un hábitat. Por el contrario, lo urbano, la ciudad, nace con el comercio, entonces las viviendas se amontonan unas encima de las otras y se desarraigan del suelo. Los nuevos poblados del INC en el Levante son pequeñas ciudades rurales porque vinculan la casa al suelo, incorporan los parámetros antiurbanos de baja densidad y la naturaleza dominada y, sin embargo, son urbanos porque aspiran a su continuidad edificada y su capacidad de representación social. Casi todos fueron así.

Características urbanas y arquitectónicas de los nuevos poblados “rurales”

A pesar de las diferentes casuísticas en el origen de los poblados del “Levante”, parece existir un determinado número de características comunes a todos ellos que intentan acotar lo urbano en el mundo rural. A partir de una población que no supera los 2.000 vecinos⁵, siete son las características de partida que ayudan a redefinir el “carácter rural” de los nuevos poblados que los arquitectos comparten⁶. Éstas son: 1ª el limitado tamaño del poblado en habitantes y superficie, 2ª la baja densidad, por escasa ocupación del suelo urbano y por el máximo de dos plantas edificadas, 3ª la importante presencia de la vegetación en viario y plazas, 4ª la aparición de un viario jerarquizado que, en muchos casos, se especializa y separa los tráficos rodados de los peatonales mediante jardines, 5ª la aparición de un centro cívico, a veces en el centro geométrico, conformado por una plaza pública porticada en torno a la cual se congregan los equipamientos representativos⁷, 6ª la constitución de la iglesia como el edificio más importante con una potente torre que se eleva por encima de las cubiertas y 7ª la presencia sólo de viviendas ancladas al suelo. Estas tres últimas características (plaza, iglesia y hábitat) nos remiten a la reinterpretación de modos de vivir, usos sociales y formas construidas, a la postre “tipos urbanos y arquitectónicos”, que están asentados por las tradiciones y que se actualizan por los nuevos enfoques de la arquitectura. Las cuatro primeras (extensión, densidad, naturaleza y viario) pertenecen a la disciplina del urbanismo. Aportan estándares que miden la calidad urbana y oscilan en la órbita de la ciudad-jardín, aunque la proximidad a lo disperso lo sea en números y no en forma⁸. Lo urbano es compacto, lo antiurbano es disperso.

¿Cómo superar lo disperso con densidades construidas muy bajas y, sin embargo, que la imagen percibida sea de un pueblo de siempre, de edificaciones alineadas? La respuesta, en la mayoría de los casos, fue muy simple. Dado que los solares residenciales variaban considerablemente (desde 200 hasta 750 m²)⁹ y las viviendas que se levantaban (fuesen para colonos o para obreros) estaban limitadas (nunca superaban los 90 m², pero contaban con todo tipo de anexos agropecuarios), la solución a la continuidad edificada, que define en parte la esencia de la ciudad del sur de Europa (las calles), se encontró en la construcción de largos lienzos de muros, algo más altos que las personas, que cerraban los solares y unían las diferentes edificaciones. De este modo se mantenía la escala doméstica del espacio urbano, se definían las calles por continuidad de sus planos de fachada y la baja densidad se diluía, por un lado, en los grandes corrales que trascurrían tras las tapias entre las viviendas y sus anexos y, por otro, en la generosidad de las dimensiones de calles principales y plazas públicas que se poblaban de jardines y arbolado y en cuyas secciones la altura de las edificaciones jamás superaba el ancho de calles y paseos.

Estos poblados, donde la legibilidad del espacio público es evidente, nunca alcanzaron los parámetros de compacidad y multifuncionalidad que se le suponen a un conglomerado urbano para que sea considerado ciudad¹⁰. Fue un elemento construido, el muro, el que dio apariencia compacta a estructuras urbanas muy esponjadas que se perciben como densas. Una imagen que intentaba aproximarse en su continuidad edificada a la de los pueblos de “siempre”, con sus calles y sus plazas encaladas o de piedra. Las estructuras urbanas de estos nuevos poblados sólo se asemejan a los históricos

en cuestiones de percepción visual: la geometría de las formas ejecutadas rememora la arquitectura popular, los acabados y sus texturas repiten los materiales tradicionales, la existencia de una plaza donde transcurre la vida social a la que se asoman las arquitecturas representativas de la comunidad y la elevación sobre la cornisa edificada de la iglesia y su campanario.

Además de estas similitudes visuales (formas, materiales, plaza y torre), los arquitectos intentaron, a través de la trama urbana de geometría ortogonal, la posición de los equipamientos públicos y la ordenación de las casas, evitar la monotonía de la repetición de los volúmenes y de los espacios predecibles, recreando el ambiente de un pueblo histórico mediante la ruptura de la regularidad, como si el nuevo poblado se hubiese construido a lo largo del tiempo y resultase de la acumulación de diferentes estratos construidos en diferentes épocas. Fernández del Amo, el más arriesgado de los arquitectos del INC, creía haber descubierto en los pueblos de España esa “ley oculta de su ordenación espontánea”¹¹. Fueron muchos los recursos de diseño urbano empleados para romper puntualmente la rigidez de las retículas. Pero la fragmentación de la geometría regular de una trama no es lo mismo que las irregularidades de calles y plazas debidas a procesos acumulados en el tiempo. Irregularidad geométrica y compacidad edilicia son propias de los pueblos históricos que no presentaban los nuevos poblados¹².

La base de las tramas urbanas de todos estos poblados (salvo Cañada de Agra) tiene una matriz reticular que define un entramado de calles y plazas de trazado ortogonal a partir de la carretera de acceso y la plaza central. En torno a este espacio público se reúnen los equipamientos significativos de la sociedad: el ayuntamiento, la iglesia y los comercios, constituyendo el centro cívico del poblado y la comunidad y, si en algún caso no están próximos, los edificios del poder religioso y del poder civil están relacionados por un importante eje viario (San Isidro y Tous) o visual (El Realengo y Cañada de Agra). Además de por su trama urbana, salpicada de plazas y una naturaleza geoméricamente controlada, los poblados quedan singularizados por sus edificaciones. Cuatro son los grupos de arquitecturas: 1º las representativas de los poderes institucionales (iglesia y ayuntamiento), vinculadas a la nueva plaza mayor porticada o en relación con ella, 2º los equipamientos básicos (escuelas, casa del partido, centro social), 3º los edificios para la explotación agrícola (la cooperativa o hermandad sindical) y 4º las viviendas de colonos, obreros y artesanos. Las actividades del comercio y del mercado suelen bascular en torno a la plaza mayor o a otra próxima.

En resumen, todas las características urbanas y arquitectónicas enumeradas hasta aquí definen un nuevo concepto de “poblado agrícola o rural” bastante alejado del modelo urbano de pueblo consolidado a lo largo de los siglos; una especie de “pueblo tipo” idealizado. Un nuevo modelo que pretende modernizar las tradicionales estructuras urbanas tomándose a ellas mismas como fuentes de referencia. Nuevos poblados que hacen confluir prácticas de urbanismo ilustrado (ejes, retícula y plazas) con algunos principios racionales y científicos¹³ que ya incorporaban los parámetros de la dispersión (tamaño, densidad, naturaleza y tráfico) y, a su vez, mantienen las constantes formales de los pueblos históricos (perfil, calles y geometrías depuradas). También están presentes las referencias a las experiencias europeas de las décadas de 1930 a 1950, en particular las italianas. En la “zona de Levante”, la práctica más extendida era la de un urbanismo que resultaba una hábil combinación de prácticas tradicionales, principios de composición académica y estándares de calidad que procedían de la ciudad jardín.

A la definición del carácter rural contribuyen decisivamente tanto los nuevos planteamientos urbanísticos como la arquitectura con que se materializan. Una arquitectura que vuelve sobre los tipos históricos para reinterpretarlos libremente (porticados, templos, ayuntamientos, escuelas, casas), que se inspira en las formas, volúmenes, colores, texturas y materiales propios de la arquitectura popular, desprendiéndose de lo anecdótico e intentando reconciliar la sabiduría funcional de lo vernáculo con los conceptos plásticos de la abstracción del arte del siglo XX.

Se trazaba un puente, como ya lo había hecho el GATEPAC en los años 30, que entroncaba la arquitectura del movimiento moderno de entreguerras con la arquitectura popular¹⁴, apelando al conocimiento del saber primitivo y encontrando unas razones estéticas y funcionales que avalaran la vinculación de la arquitectura contemporánea con la histórica, aunque este nexo fuese el de la arquitectura sin autor ni apellidos. En otras palabras: “La arquitectura es sencilla y modesta, estructuralmente tradicional, aunque moderna de aspecto. Sin tipismos ni elementos de folklore, pero adecuada y enraizada con la arquitectura popular rural. Buscamos el efecto plástico en el juego de volúmenes acusado por la diferencia de textura de color entre las masas...”¹⁵.

La arquitectura tradicional se actualizaba de la mano del movimiento moderno y esta arquitectura moderna entroncaba con la historia de la arquitectura mediante la conexión con lo anónimo y lo popular. Ambas encontraban su razón de ser en lo primitivo, en el origen: la geometría y la luz. Fernández del Amo lo afirmaba desde la perspectiva de los años: “He recorrido las tierras de España y aprendí en sus rincones lo que una arquitectura anónima me enseñaba. No tomé con el lápiz apuntes de toda esa escenografía que tanto se ha prodigado en la anécdota de lo popular. Se me llenaban los ojos con eso que el hombre hace para sí, con la sabiduría de su necesidad amparada por la tradición del lugar”¹⁶.

Estos experimentos arquitectónicos de modernizar lo popular alcanzan su máxima cota de expresión en las iglesias, donde esculturas, pinturas, vidrieras, mosaicos, mobiliario y enseres de la liturgia eran elaborados por artistas contemporáneos¹⁷. Las razones que hacen de los templos los edificios más importantes, dominando los conjuntos urbanos por su posición, dimensión y forma, no es sólo una cuestión de confesionalidad católica. Más bien sucede que en las iglesias confluyen varias tradiciones. La primera es que suponen el volumen construido de mayor dimensión que presenta, a su vez, el espacio más diáfano, lo que permite mayor libertad en el desarrollo del programa religioso. La segunda es que en las iglesias siempre han confluído las diferentes artes (mayores y menores), práctica que Fernández del Amo estaba en condiciones de actualizar porque conocía a muchos artistas contemporáneos. La tercera, porque a lo largo de más de 1000 años de historia, las iglesias han sido la referencia para todas las sociedades occidentales, son un hito visual tanto para las gentes como para el territorio circundante. Y cuarta, porque las iglesias son el lugar donde se representan y alcanzan trascendencia todos los actos, públicos y privados, que requieren aprobación de la comunidad: del bautizo al entierro, de las fiestas a las procesiones. No existía ninguna otra arquitectura con tanta capacidad de representación social.

Si las experiencias de entroncar la arquitectura del movimiento moderno con la popular tenía pleno sentido en los años 50 para renovar el panorama arquitectónico español y reconducirlo hacia las corrientes europeas (casos de San Isidro y El Realengo), cuando estas propuestas urbanas se estandarizan y repiten sus soluciones en los años 60 quedan anquilosadas, sin suponer ningún avance significativo ni en lo urbanístico ni en lo arquitectónico, salvo los experimentos de Fernández del Amo en planteamientos más organicistas y de convivencia de arquitectura y naturaleza que hace de los poblados nuevas aldeas mezcladas con la naturaleza (Cañada de Agra).

Al fin, los nuevos poblados quedaban depositados sobre el territorio llano o en suave pendiente como un estrato horizontal, constituido por la acumulación de pequeñas formas blancas o terrosas, sobre el que se erigía el volumen de la parroquia y, por encima, el campanario que vinculaba la tierra y el cielo. En la lejanía, la silueta de estos nuevos poblados emulaba el perfil de los pueblos históricos. En la proximidad estos poblados habían cambiado su fisonomía interna de plazas, calles, dotaciones y casas. Es más, depositados al margen de las carreteras, sus trazas estaban preparadas para crecer y expandirse por tres frentes, aunque se pensasen como entidades cerradas.

La cuenca sur del río Segura: los Saladares de Alicante¹⁸

El caso de las actuaciones del INC en la provincia de Alicante, San Isidro de Albatera (1953-1962), El Realengo (1956-1960) y las Casas de los Saladares (1956-1960), es algo diferente al resto de las acometidas en la “zona de Levante”. La elección de su emplazamiento, sobre una extensión de terrenos pantanosos, limítrofes con la laguna de El Fondó (a sólo 15 kilómetros del mar), tenía por objeto la transformación al regadío de tierras insalubres; estos territorios lindaban con los afectados por las Pías Fundaciones realizadas por el cardenal Belluga en el siglo XVIII con los mismos fines¹⁹. Aquí, el agua que debía transformar los marjales en huerta no procedía de pantano alguno sino de unos acuíferos de la zona. La puesta en explotación de estos campos derivó, en parte, en la plantación de algodón que requería grandes cantidades de agua. Esto contribuyó a que los acuíferos, sin agotarse, se salinizaran y los poblados entraran en un declive agrícola. Hoy, sin embargo, San Isidro, municipio independiente de Albatera, vive de otras actividades que lo han transformado respecto a su origen, mientras que El Realengo, pedanía de Crevillente, que ha sufrido mutilaciones, se mantiene en un estado de abandono, casi suspendido en el tiempo, y las Casas de los Saladares están en ruina. Las tres actuaciones, que son obra de Fernández del Amo²⁰, nacen como poblados sin cementerios²¹.

San Isidro de Albatera (1953-56-62)²² presenta la mayor densidad de edificación y ocupación de suelo de toda la “zona de Levante”, tanta que casi no necesita de muros para definir sus calles y plazas por continuidad arquitectónica, salvo en sus testers. Su grado de compacidad se aproxima al de una ciudad pequeña; de hecho, el autor se refiere a ella en términos de alta densidad y concentración de viviendas²³. El Realengo (1956-60), por el contrario, tiene una densidad tan baja que más que de un poblado podríamos hablar de una aldea, si no fuera por las perspectivas urbanas que generan sus tapias rectas y blancas cerrando los inmensos corrales y definiendo los espacios públicos. La superficie de ambas actuaciones es similar, mientras que el número de viviendas ejecutado fue muy diferente, como diferentes son los solares vinculados a las mismas²⁴, lo que supuso en San Isidro una densidad de ocupación y edificación, por lo menos, de 3 veces superior a la de El Realengo.

Ambos poblados se apoyan en vías existentes y el tendido del tren supone un límite, aunque la actitud de la implantación es distinta en cada caso. San Isidro adopta por fronteras la carretera de Albatera a Catral en su cruce con el tendido férreo y su perímetro externo es irregular. El Realengo se implanta con su forma rotunda de rectángulo apoyándose en la carretera de Catral a Crevillente. La estructura urbana de estos poblados posee un entramado de calles ortogonales que se orienta según los cuatro puntos cardinales.

San Isidro ordena su trama a partir de dos ejes principales que se encuentran perpendicularmente formando una T, ambas calles son las de mayor ancho y reciben el tratamiento de bulevares²⁵ con la presencia de arbolado. El primero de los ejes está constituido por la avenida de acceso al poblado que arranca en la carretera, a poniente, y desemboca en una plaza, a levante, donde se cruza con el segundo de los ejes que transcurre de sur a norte. Esta plaza está presidida por la iglesia, que se orienta canónicamente, en medio de un parque²⁶. No es casualidad la elección de los puntos cardinales como generadores de la trama: a la orientación solar de las viviendas hay que sumar la perspectiva focal de la iglesia.

Ambas avenidas se refuerzan por la presencia de espacios y edificios públicos. A la avenida de acceso (O-E), se le adosa en el centro geométrico de la trama, el espacio público rectangular de la plaza mayor porticada²⁷ en sus cuatro costados (atravesada por otra calle transversal), presidida por el ayuntamiento de dos plantas. La avenida transversal (N-S), que transcurre por delante de la iglesia se reafirma arquitectónicamente en un lateral por una serie de construcciones religiosas²⁸, mientras que en el otro estaban previstos equipamientos sociales²⁹ que completan las manzanas residenciales.



1. San Isidro, Fernández del Amo, 1953, plaza porticada y ayuntamiento (1995) antes de su demolición. Foto: Justo Oliva Meyer y Andrés Martínez Medina

La forma poligonal de San Isidro se ajustaba a límites topográficos que no coincidían con la geometría ortogonal. Las manzanas rectangulares de viviendas de una planta (al norte) y dos plantas (al sur) se apoyaban en tres calles paralelas a la calle principal, con sus anexos agrícolas y sus corrales en el interior. En los solares triangulares de encuentro entre la trama regular y la ronda irregular se levantaban los bloques de viviendas para los obreros y, al norte, las escuelas. Tanto las viviendas de los colonos como las de los obreros se desarrollaban en dos plantas, con distintos tipos y configurando diferentes morfologías urbanas.

Los espacios públicos de San Isidro se resumían en dos plazas acotadas y separadas: la plaza civil en el centro geométrico y la plaza religiosa en un borde. La plaza civil reinterpretaba literalmente el tipo de la “plaza mayor”, con cuatro pórticos perimetrales cerrados, incorporando a uno de ellos el ayuntamiento, cuyo corredor de soportales se continuaba en volumen en la planta superior, constituyendo el típico balcón municipal que domina la plaza institucional. La plaza religiosa, en realidad, terminaba diluyéndose en el bulvar y en el parque con vegetación que rodeaban el centro parroquial. Un complejo que, con su templo simétrico de tres naves, unido mediante un pórtico al campanario exento, apostaba por la arquitectura en edificación abierta acusando la independencia de cada una de los elementos del conjunto, con sus volúmenes y geometrías elementales, reinterpretando las soluciones arquitectónicas de tipos históricos (torre, nave, patio) y componiéndolos libremente en relación con la trama urbana (hito, plaza y parque).

El resultado final era el de un pueblo compacto que, con sus arquitecturas inspiradas en las formas, técnicas y materiales vernáculos, reinterpretando los espacios y edificios públicos representativos (plaza mayor e iglesia), recordaba en la lejanía el perfil de un pueblo histórico y que, en la proximidad, había sido mejorado por las sucesivas aportaciones de la técnica urbanística: geometría más racional, densidades aligeradas, secciones asimétricas de amplias dimensiones, bien equipado de edificios públicos, servicios y mucha vegetación.

El Realengo también presenta una trama viaria ordenada ortogonalmente, dentro de su perímetro rectangular, y orientada según los puntos cardinales, donde sus calles no definen una retícula sistemática. De hecho, en el centro del rectángulo aparece un gran espacio vacío, que hace las veces de plaza



2. El Realengo, Fernández del Amo, 1957, plaza y ayuntamiento (2005) antes de su remodelación. Foto: Juan R. Florentín Iniesta

del poblado, rodeado por edificios públicos y del cual parten muchas calles como si una fuerza centrífuga las dirigiera desde el centro a los bordes, chocando algunas contra manzanas que las interrumpen. De este gran espacio central nacen los dos ejes que, en apariencia, son el origen de toda la ordenación urbana³⁰. El eje más importante (E-O) es perpendicular a la carretera y se materializa con un canal de agua en su centro, haciendo un homenaje a la razón de su existencia. Esta avenida parte en dos el poblado y parte también en dos el gran espacio central: de un lado, la plaza civil con el ayuntamiento, el edificio social y el cine, y, del otro lado, la plaza religiosa con la iglesia, el baptisterio, el claustro, la casa parroquial y el campanario que gobierna el poblado y se erige como hito en el territorio. El segundo eje (N-S), transversal al primero, se materializa como un bulvar y pasa tangente al gran espacio central (a ambas plazas), sin atravesar el poblado de un extremo a otro, quedando a modo de “paseo-salón” detenido entre manzanas de casas o solares.

Frente a la estricta geometría regular de las plazas de San Isidro definidas en su perímetro por arquitecturas que cerraban o acotaban estos espacios públicos, aquí, en El Realengo, cada uno de los diferentes frentes de la plaza se definen por volúmenes aislados que, a lo sumo, se articulan entre sí. Se define un nuevo concepto de plaza de pueblo, la “plaza moderna”, constituida por la aparición de distintos volúmenes independientes que, ocupando posiciones estratégicas en sus bordes, da lugar a plazas más pequeñas por la implantación de las arquitecturas públicas con una secuencia dinámica de los espacios urbanos.

La plaza institucional está constituida por las piezas de la casa consistorial, el club social, el cine (unido al anterior mediante una lámina ondulada de hormigón) y la cooperativa al otro lado del bulvar. Esta plaza, en forma de U, que se comunica visualmente con la plaza de la iglesia a través de la avenida del canal, recuerda a la tradicional plaza mayor sólo por la presencia del ayuntamiento, cuyo edificio incluye un porticado inferior pasante que pone en contacto esta plaza institucional con otra menor. La secuencia espacial no es predecible: la pequeña plaza del otro lado pasaba como una alfombra por debajo de la casa consistorial para entregarse en la plaza institucional del club social y del cine, que estaba tratada con pavimentos y palmeras dispuestas según una cierta geometría regular.

Del otro lado de la avenida del canal, estaba la plaza religiosa, gobernada por la iglesia y definida en el resto de sus lados por los diferentes bloques de las viviendas de obreros, maestros y comerciantes.

El centro parroquial, con todas sus dependencias, invadía este espacio público rectangular creando a su espalda una nueva plaza más recogida y doméstica. En la parte principal, la disposición de los volúmenes de la iglesia recuerda la libertad compositiva neoplástica puesta en práctica en San Isidro. El baptisterio es un cubo con una pirámide que se adosa al templo prismático, de cubierta inclinada a un solo lado y sección asimétrica, de una única nave con una tribuna lateral, en el que se hacen patentes las influencias de experiencias arquitectónicas de la Europa protestante. Del lado norte, y articulado con el templo mediante un esbelto campanario de planta cuadrada, se adosa un claustro abierto a la plaza mediante pórticos que se colmatan con el volumen austero de la casa parroquial³¹.

Todo el conjunto estaba guiado por un orden ortogonal, que equilibraba las diferentes masas. A los pies de la iglesia, y del lado del canal, en su día existió un jardín en el que palmeras y plantas autóctonas aparecían azarosamente sobre un manto verde con rocallas, rodeando una sinuosa laguna, rememorando más la imagen idealizada de un oasis que la estampa de un jardín brasileño. No es de extrañar que esta plaza, más amena, ajardinada según el imprevisible orden de la naturaleza, fuese preferida por los escolares de entonces para jugar en su tiempo libre, antes que el árido patio de las escuelas influidas por la obra de Jacobsen, que quedaban por detrás. En esta plaza, más amable y flexible, se había previsto que se celebrase el mercado. En cierto sentido, el conjunto de plazas que constituyen el gran vacío central se materializa con una secuencia de distintos espacios a diferentes escalas y tamaños y con diferentes geometrías y texturas que nos hablan de un espacio público abierto y continuo.

De las relaciones directas e inmediatas entre espacio cerrado y edificio representativo en San Isidro se ha evolucionado a relaciones más elaboradas entre espacio de límites difusos con arquitecturas que se depositan sobre el suelo dando lugar a nuevos espacios que se interconectan y establecen múltiples conversaciones. El gran centro cívico de El Realengo presenta un nivel de complejidad de relaciones que nos aproximan los trabajos de Fernández del Amo tanto a las experiencias de los contemporáneos italianos como de los escandinavos representados, respectivamente, por Ludovico Quaroni y Alvar Aalto.

Estos dos experimentos, separados apenas tres años, con idéntico origen y fin, limitrofes en sus territorios de marjal, proyectados por el mismo profesional, se construyen casi simultáneamente y resultan muy diferentes en la concepción de los espacios urbanos. En San Isidro la trama urbana obedece a una retícula regular donde las arquitecturas institucionales se asocian con plazas urbanas cerradas o acotadas mientras que en El Realengo el viario se esparce en hélice desde el centro donde las arquitecturas públicas se articulan en los bordes de un espacio público abierto y continuo. San Isidro es cerrado, estático y predecible, mientras que El Realengo es abierto, dinámico e impredecible.

Las Casas de los Saladares (1956-1960) constituyen una actuación que no pretendía formar núcleo de población alguno. Aparecen simultáneamente con El Realengo. Se proyectan 45 viviendas diseminadas sobre el campo que separa ambos poblados. Sobre un camino que unía estos nuevos poblados (casi N-S), se hicieron surgir cuatro veredas del lado de levante. En cada uno de estos caminos rurales se levantó una casa de campo vinculada a una parcela agrícola de unas 3 hectáreas. Casas que se asemejan a los tipos de viviendas para colonos empleados en El Realengo y que se esparcen al tresbolillo sobre el territorio a ambos lados de cada uno de los cuatro caminos. Aquí la casa agropecuaria quedaba vinculada directamente al suelo que había que cultivar. Pero los campos se salinizaron y los colonos volvieron a sus lugares de origen. Poco o muy transformado es lo que queda en pie cuando lo está, porque de lo original sólo quedan ruinas y remiendos.

Las cuencas de los ríos Júcar y Turia: las “huertas de Valencia”³²

En las cuencas de los ríos Júcar y Turia, dentro de la provincia de Valencia, fueron varios los municipios y términos municipales afectados por la creación de nuevos poblados por el INC. La mayoría se construyeron para realojar a los vecinos de poblaciones que habían quedado sumergidas por la ejecución de los nuevos pantanos de Benagéber³³, Loriguilla y Tous³⁴. Otros venían motivados por desastres naturales³⁵ mientras que algunos sí tuvieron como meta crear nuevos terrenos de regadío en las huertas de Valencia³⁶. Dada la diferente fortuna de cada una de las actuaciones, procedemos a analizar los cuatro ejemplos que menos han alterado sus espacios urbanos y sus arquitecturas a pesar de los cambios de todo tipo acaecidos en este último medio siglo. Estos son: Marines (1960), Loriguilla (1961), Cortichelles (1962) y Tous (1963).

El poblado de Marines, proyectado en 1960 por Pedro Castañeda Cagigas³⁷, tiene su origen en los graves daños que ocasionaron las lluvias que desencadenaron la riada del Turia de 1957. El poblado de Loriguilla, proyectado en 1961 por Agustín Delgado de Robles y Velasco, tiene su origen en la construcción del embalse del mismo nombre sobre el río Turia. Y el poblado de Tous, proyectado en 1963 por Avelino de Aróztegui Bastoure, surge para sustituir al antiguo pueblo que queda sumergido por las aguas del pantano de Tous sobre el río Júcar. Los tres son poblados de sustitución y los tres constituían municipios independientes. El cuarto ejemplo, Cortichelles, por sus particularidades y diferencias con los anteriores, se expondrá más adelante.

Los tres nuevos poblados, a su vez, presentaban un “programa urbano” similar entre ellos, con los necesarios equipamientos (iglesia, ayuntamiento, edificio social y escuela), una cooperativa agrícola y un conjunto entre 200 y 400 viviendas destinadas a colonos y a obreros en diferentes proporciones. Marines fue proyectado, en un principio, con 198 viviendas³⁸. Loriguilla fue previsto, en sus dos fases iniciales, con 190 viviendas³⁹. Mientras que Tous fue trazado para un total de 380 viviendas⁴⁰. Nuevas poblaciones que oscilaban entre los 1.000 y los 2.000 vecinos, aproximadamente, y que contaron, cada una, con su propio cementerio.

Estos poblados respondían a modelos urbanos que guardan gran similitud entre ellos tanto en implantación y topografía, forma del perímetro, estructura viaria, morfología urbana, geometría de sus espacios y organización de sus equipamientos. Estaban constituidos por tramas urbanas emplazadas a un lado de la carretera de la que quedaban separadas por una arboleda suficientemente ancha que se desarrollaba linealmente en todo el frente viario⁴¹. No fueron atravesados por las viejas carreteras, quedaron en el margen y al margen de las mismas⁴², acusando su carácter agrícola en ese aislamiento, en ese distanciamiento del progreso que venía sobre ruedas. Las carreteras dejaron de enfilarse a las torres de los campanarios de los pueblos como antaño lo hacían los caminos que habían tejido a lo largo de la historia una red viaria y visual que aunaba orografía, estructura de la propiedad rural e hitos arquitectónicos. Sin saberlo, pretendiendo reforzar el carácter rural de estos pueblos con esta posición tangente, se anticiparon al futuro porque las carreteras serían las circunvalaciones de hoy.

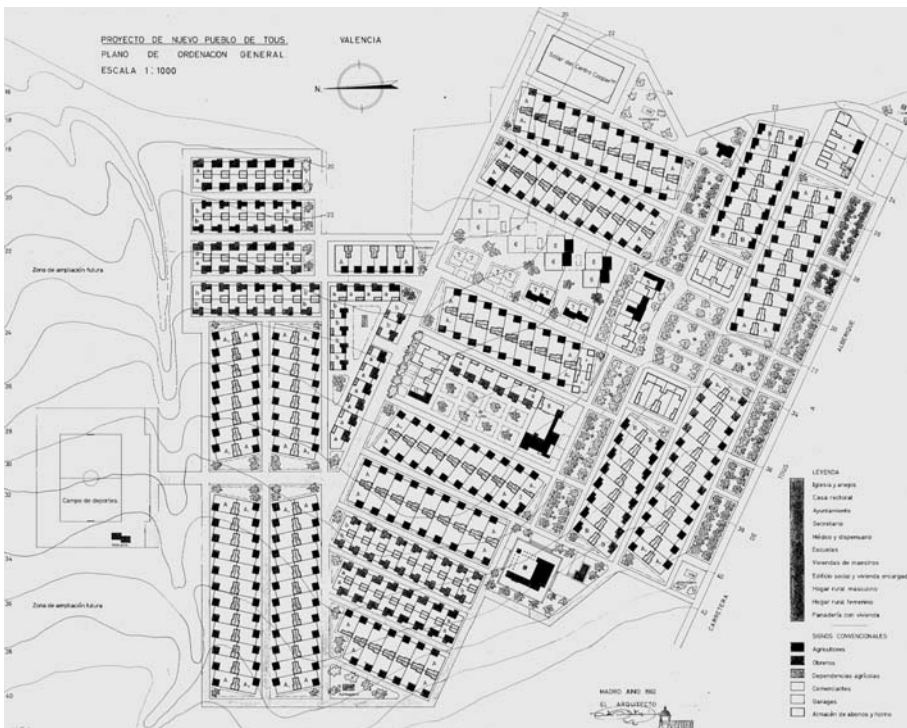
Las tramas urbanas definían su perímetro exterior, sensiblemente cuadrado o rectangular, a partir del tramo recto de la carretera de apoyo. Esta dirección y su perpendicular servían de guía a la cuadrícula base del viario sobre la que se disponían las manzanas rectangulares y se abrían las plazas. Esta extensión de terrenos solía presentar una ligera pendiente que descendía desde la parte más alejada del poblado hacia la carretera o hacia los bordes, con el fin de facilitar la evacuación del agua de lluvia y que ésta vertiese en el arbolado.

Al interior del poblado se accedía desde una avenida perpendicular a la carretera que atravesaba el parque en su mitad y desembocaba en la plaza principal (la más grande) en el centro de cada pobla-

do. En cada uno de los casos las dimensiones y forma de esta avenida variaba. En Marines la calle, estrecha en su entronque, se poblaba de palmeras y otros árboles y se ensanchaba al aproximarse a la plaza principal. En Tous, siguiendo el mismo esquema, la vía de conexión estaba prevista como un frondoso bulevar que desembocaba desparramándose para conformar la plaza central porticada. En Loriguilla, a igual que en Marines, la calle de acceso era, en su inicio junto a una cruz de término, algo angosta para luego ampliarse y dirigirse arboladamente al centro salvo que aquí, por la topografía del lugar, la plaza principal se elevaba sobre una pequeña colina.

En los tres casos el acceso desde la carretera era puntual, atravesaba la alameda de separación, se dirigía directamente a la plaza principal –prácticamente situada en el corazón del poblado–, lo hacía acompañada de jardines y una fuerte presencia de arbolado y la avenida contaba con un fondo de perspectiva arquitectónico. En estas vías de acceso, las zonas ajardinadas se usaban como separación entre el tráfico peatonal y el rodado. También en todas estas plazas públicas adquiría protagonismo la vegetación (bien mediante parterres o bien mediante especies de gran porte), dispuesta con mayor orden geométrico como reflejo de la retícula ortogonal de las tramas urbanas (más en Marines y Tous) o de forma más espontánea cuando se amolda a una orografía en pendiente (Loriguilla).

Las plazas principales no estaban cerradas en sus bordes, de ella partían los ejes viarios principales. Tramas urbanas conformadas por una retícula de calles ortogonales que configuraban una serie de manzanas y espacios rectangulares que rodeaban la plaza central hasta colmar el tapiz, también rectangular, delimitado por el perímetro urbano. En cada poblado se diseñó una propuesta concreta de ordenación de los espacios públicos y equipamientos urbanos que jerarquizaban las avenidas y calles.



3. Nuevo Tous, Aróztégui Bastoure, 1962, plano general. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

En Marines, la plaza principal, casi cuadrada y abierta en sus cuatro esquinas por la desembocadura de diversas calles, estaba presidida por la fachada de la iglesia y su claustro abierto mientras que, enfrente, aparece un lienzo opaco y uniforme de una manzana de viviendas. En los dos laterales se levantaban edificios sobre soportales de hormigón: a un lado se ubicaban los comercios con las viviendas de comerciantes y funcionarios y, en el otro, la casa consistorial situada en un extremo, remarcada por la discreta torre del reloj que define un ángulo de la plaza. El espacio libre, enlosado de piedra, con arbolado disperso y con una fuente en su centro, recrea –en cierta manera– el tipo histórico de plaza mayor por el carácter abierto de su espacio y por sus pórticos parciales, aunque sus parterres de jardinería en el centro y las arquitecturas exentas son ajenas a este tipo de espacios públicos de carácter más civil que religioso⁴³. Esta plaza reunía y asumía la doble condición de ser un lugar de representación social, tanto en lo institucional como en lo religioso. Era la plaza, la plaza del pueblo, donde se representaban todos los actos sociales. Junto a ella, tras una manzana, aparecía otra plaza arbolada con el mercadillo y el edificio social (Frente de Juventudes y cine). Los demás equipamientos destacados (las escuelas, los hogares rurales y el conjunto de la cooperativa) se situaban en el perímetro del casco urbano, junto al camino de ronda y cierre del poblado.

Si en Marines puede apreciarse un cierto academicismo en el sistema de ejes bulevares y plazas, quizá en Tous ese clasicismo es más contundente: Los dos ejes perpendiculares, de gran ancho y acompañados de importantes espacios ajardinados, se configuran como generosos bulevares, en esquema de “T”, con una gran calidad ambiental. En el dibujo original, este planteamiento axial dentro de la retícula ortogonal se encontraba muy matizado por dos aspectos importantes que no se llevarían a la práctica. En primer lugar, la casa consistorial adelantaba su fachada respecto a la del gran bulevar longitudinal del conjunto, dividiéndolo en dos espacios. De esta manera, se constituía como la pieza representativa de la que partían tres bulevares, el que accede desde la carretera directamente a la fachada del edificio, y los dos bulevares que parten de sus dos laterales y que tenían como finales de perspectiva, respectivamente, la iglesia (al oeste, en lo alto) y un edificio de uso público (al este). Estos dos grandes ejes se verían claramente reforzados en la solución definitivamente construida, ya que la casa consistorial, en lugar de adelantarse y fragmentar el bulevar, se retrasa, acabando por configurar un espacio público cuadrado, presidido frontalmente por el edificio representativo, que hace de rótula de los dos grandes ejes. Pese a la rotundidad de esta planta cuadrada, la percepción definitiva del espacio queda totalmente dividida por la irrupción de la generosa vegetación de los dos grandes bulevares –con su ineludible carácter lineal–, dentro del espacio de la plaza.

El segundo criterio que rompe el academicismo sugerido inicialmente es el tratamiento de los módulos de vivienda que giran su planta de forma dinámica, pese al contorno rectangular de las manzanas en que se ubican. Todo el dibujo de la planta del conjunto vibra a partir de este giro del módulo que se apropia de todas las manzanas residenciales que, sin embargo, desaparece por completo en el pueblo construido. Destaca el hecho de que todas las calles secundarias, aunque paralelas a los dos ejes principales, evitan su continuidad al encontrarse con viales perpendiculares, resolviendo los encuentros mediante cruces en forma de “T” o mediante plazas que surgen a partir del desfase entre las alineaciones de las cuatro manzanas que las configuran. Estas plazas dinamizan su planta a partir de tensiones centrífugas generadas por su forma de hélice, así como por el diferente tratamiento de cada una de las fachadas. De esta forma, se huye de la rigidez propia de las retículas, evitando la repetición y monotonía que caracterizaba el fracaso de la arquitectura del movimiento moderno en los barrios de las periferias urbanas.

Loriguilla⁴⁴ es un buen ejemplo de cómo estos poblados intentan emular, en sus formas y perspectivas, la variación y sorpresa propia de los pueblos históricos, a partir del diálogo entre los diferentes edificios públicos y el cuidado tratamiento de los diferentes espacios urbanos. Estamos ante unas relacio-



4. Loriguilla, Delgado de Robles y Velasco, 1961, plano general. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

nes que aquí se plantean *ex novo*, sin monotonía, haciendo una reinterpretación moderna de elementos tradicionales, a partir de los equipamientos dispuestos según esquemas de edificación abierta, creando diferentes cuadros, planos de fondo, perspectivas así como espacios abiertos y dinámicos.

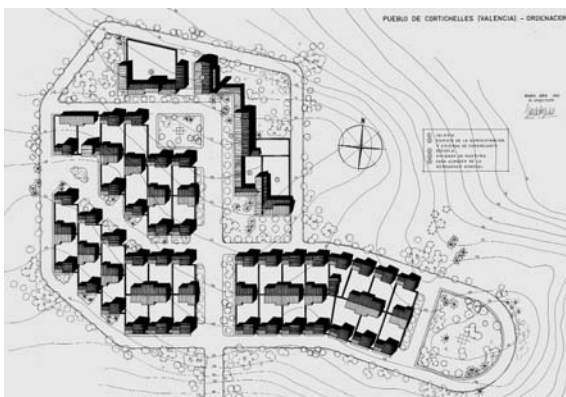
La plaza abierta de Loriguilla es un ejemplo paradigmático. En ella se escenifica el enfrentamiento entre el ayuntamiento y la iglesia, prevaleciendo esta última con su campanario de gran altura. Ambos edificios se sitúan sobre una colina, rodeados de cipreses que, con el tiempo, han adquirido un porte que les permite acompañar al campanario en su gesto vertical. Las relaciones entre los edificios y las de éstos con el paisaje remiten ineludiblemente a arquitecturas escandinavas. Nos viene a la mente las obras de Alvar Aalto en Saynatsalo (1942-1952) y Seinäjoki (1951-1962). Por otra parte, la iglesia, con sus continuos gestos asimétricos, con sus juegos de luces en el interior y su gran campanario, también puede recordarnos a diferentes proyectos aaltianos, aunque en este caso matizados por las numerosas propuestas religiosas proyectadas por Miguel Fisac durante los años 50 por toda la geografía española.

Cortichelles, poblado dibujado por Jesús Ayuso Tejerizo en 1962, es un caso diferente a los tres anteriores. Se trata de un pequeño asentamiento (37 viviendas con parcelas de 375 m²) que coloniza un territorio reducido del municipio de Turís, acogiendo una población en torno a 200 habitantes. Este cambio de escala y el progresivo abandono de las labores agrícolas ha llevado a que, mientras los otros pueblos citados siguen creciendo según parámetros urbanos convencionales, Cortichelles sea un conjunto parcialmente abandonado y utilizado, cada vez más, como segunda residencia con un cierto carácter estacional.

Frente a las retículas ortogonales bastante generalizadas de otros ejemplos (incluidos los de otros pueblos del propio Ayuso que veremos al comentar las construcciones del Campo de Hellín: Mingogil y Nava de Campana) cabe destacar que, en Cortichelles, aparecen ciertas rupturas formales como instrumento de adecuación a la orografía (utilización de módulos fuertemente escalonados y el quiebro de la trama), que luego se suavizarían en el pueblo construido⁴⁵. Esta ruptura queda remarcada por la presencia del conjunto de edificios públicos, separados, pero agrupados en una planta general en forma de “L”. Este núcleo representativo adquiere una gran presencia al tratarse de un poblado de pequeñas dimensiones, por lo que la relación entre la superficie ocupada por los edificios públicos y por los residenciales es bastante alta, mucho mayor que en los tres pueblos anteriores.



5. Marínes, P. Castañeda Cagigas, 1960, plaza principal (2008). Foto: Justo Oliva Meyer y Andrés Martínez Medina



6. Cortichelles, Ayuso Tejerizo, 1962, plano general
Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

El brazo largo del la “L” marca el eje principal del conjunto como final de la carretera de acceso que, en este caso, no es tangente al poblado, sino final de trayecto. Este eje asciende lentamente hasta encontrarse frontalmente, como final de perspectiva, con el brazo menor de la “L”. Sobre éste emerge el campanario de la iglesia (configurado mediante un simple rectángulo de ladrillo) y, a la izquierda, la masa horizontal de la casa consistorial. Los pórticos, como en los otros proyectos, marcan el espacio más representativo del conjunto y se utilizan de forma completamente libre para unir los diferentes edificios, rompiéndose, de forma premeditada, la idea de recorrido claustral de las plazas mayores tradicionales. La adecuación a la orografía en pendiente, así como la disposición libre de los edificios públicos vuelven a remitirnos a referencias escandinavas.

La cuenca norte del Segura: el campo de Hellín

Los proyectos del INC en la cuenca norte del río Segura responden a la transformación en regadío de grandes superficies de secano, posibilitada por la construcción de dos pantanos: el de Camarillas y el del Cenajo. A partir de estas construcciones se pudo realizar una importante labor de colonización agrícola conocida con el nombre de Canal de Riegos de Hellín⁴⁶.

Las grandes fincas iniciales expropiadas son reconvertidas en lotes iniciales de 5 hectáreas para los colonos y de media hectárea para los obreros agrícolas. El alojamiento de todos ellos lleva consigo la construcción de tres poblados en el término de Hellín: Mingogil y Nava de Campana (1959) y Cañada de Agra⁴⁷ (1962). Hubo una gran demanda para ser colonos de estas poblaciones, no sólo desde la propia provincia de Albacete, sino también de Murcia y Alicante. Desde esta última se produjo el realojo de colonos del propio INC, procedentes de San Isidro de Albaterra y El Realengo⁴⁸.

Fue importante la creación de una carretera que une las tres nuevas poblaciones que se configura como vial que vertebra todo el territorio colonizado y, además, se había previsto la realización de 139 viviendas diseminadas, situadas junto a los caminos realizados, hecho que, definitivamente, fue descartado por criterios económicos⁴⁹. Entre las infraestructuras planteadas, en el poblado de Nava de Campana, se realizó un vivero para el suministro a todas las plantaciones llevadas a cabo por el INC en la zona. Estas provisiones de arbolado, importantes desde el punto de vista agrícola y forestal, también serían relevantes en la urbanización de los nuevos poblados.

En estos poblados cercanos a Hellín, se repiten muchas características que ya se han reseñado en las provincias de Alicante y Valencia. Cuando se visitan los diferentes ejemplos de la “zona de Levante”, pese a la existencia de autores diferentes, se perciben unas similitudes tan importantes que inducen a pensar que algunos hubieran podido ser realizados por un mismo autor, cuando, de hecho, no es así. Todo ello indica que la propia promoción planteaba unos módulos y soluciones tipo que, de alguna manera, eran compartidas por todos los proyectistas del INC. Un ejemplo muy claro: las sensaciones generadas por la situación de la iglesia del poblado de Loriguilla, con sus referencias aaltianas, son similares a las que se perciben al transitar por los alrededores de la iglesia del poblado de Cañada de Agra (Hellín, 1962, Fernández del Amo), también situada en lo alto del conjunto. La transmisión de criterios entre los diferentes autores, como vemos, va más allá de una simple utilización de soluciones concretas, ya que transcurre al hecho de compartir planteamientos de carácter urbano como, en este caso, la relación del equipamiento religioso con el resto del conjunto y con el paisaje circundante. Podemos citar un ejemplo más concreto, pero igual de relevante. En Cañada de Agra nos encontramos con un diseño de farola, exenta, con cuatro brazos según dos ejes ortogonales, que es una modificación del diseño de la farola de pared que nos encontramos en Cortichelles, dos poblados dibujados el mismo año por autores diferentes. El hecho de compartir detalles constructivos, en este caso, es muy evidente⁵⁰.

Mientras hemos ido citando las actuaciones hemos hecho hincapié en el año en que se dibujan cada uno de los proyectos. Porque, al igual que ocurre con los poblados de la provincia de Valencia, los ejemplos del campo de Hellín son posteriores a los dos ejemplos alicantinos. Si tomamos como referencia la fecha de San Isidro de Albatera (1953) los poblados de Mingogil y Nava de Campana son dibujados seis años más tarde, mientras que el proyectos de Cañada de Agra, del propio Fernández del Amo, está fechado nueve años después.

Por lo tanto, una parte del interés de las propuestas realizadas en el tercio central de los años 50 es esa utilización de mecanismos de expresión propios de la arquitectura popular como acercamiento a una plástica moderna, abstracta. Todo ello, además, desde funcionarios de la propia administración, cuando ésta todavía preconizaba –cada vez menos– estéticas vinculadas a los pasados históricos más gloriosos de la historia de España. De hecho, en estos pueblos pioneros están latentes mecanismos parecidos de acercamiento a los principios de la arquitectura internacional que ya había utilizado García Mercadal en sus estudios de la arquitectura popular y en sus viviendas mediterráneas de finales de los años 20, en la primera oleada moderna de la arquitectura española⁵¹, o el manejo de criterios abstractos extraídos de arquitecturas tradicionales que también se expresaban en el conocido collage que José Antonio Coderch realizó, a partir de arquitecturas populares, con motivo de la muestra del Team X celebrada en Royaumont en 1962⁵². Pero todo este carácter reivindicativo, de avanzada, que en el caso de los poblados del INC viene unido a la continua colaboración de los arquitectos con otros artistas plásticos (fundamentalmente en el atrezzo de las iglesias), se va diluyendo conforme nos acercamos a la década de los 60 y, por supuesto, conforme nos adentramos en ella.

Desde esta perspectiva hay que contemplar muchas de las realizaciones de la provincia de Valencia y los dos diseños de Jesús Ayuso de 1959: Mingogil y Nava de Campana. Frente a este argumento, hay que resaltar algunas cuestiones latentes en estos dos casos del Campo de Hellín, como es la introducción sistemática de zócalos de ladrillo (en su ejemplo valenciano de 1962, Cortichelles, utiliza la piedra) que sustentan los volúmenes blancos de la planta superior. Este contraste de materiales significa una diferenciación respecto al blanco casi universal de muchos pueblos anteriores y coetáneos, y pone sobre la mesa el contraste entre el territorio de lo abstracto (lo blanco, la pureza, lo inmaculado) y el territorio de lo concreto (la tierra, la cerámica, el barro). Según las memorias de ambos proyectos⁵³, este planteamiento debería ir matizado por la utilización de manchas de colores vivos en los planos de fondo de porches y terrazas, solución que no parece que se llevara a la práctica.

Frente al comedimiento innovador de las viviendas, la iglesia sigue siendo el elemento donde las investigaciones se realizan con mucha mayor libertad. Las soluciones de estos dos pueblos, aunque salieran de la misma mano, son acusadamente diferentes. En Mingogil el tratamiento es de una simplicidad extrema, adquiriendo casi el carácter de una pieza de tipo industrial. Estamos ante una actitud muy frecuente en los campanarios de estos poblados que, en alguna medida, se yerguen como estandartes de esa intencionalidad, siempre latente, de aunar tipos tradicionales con formas modernas⁵⁴.

La iglesia de Nava de Campana se plantea con un controlado dinamismo. Las seis crujías transversales de la cubierta de la única nave se cubren con planos inclinados en las dos direcciones, alternados, en un gesto de clara influencia internacional (K. Miélnikov, pabellón soviético en la Exposición Internacional de Artes Decorativas y de la Industria, París, 1924-1925)⁵⁵, que bien pudiera llegar mediatizado por soluciones coetáneas más cercanas⁵⁶. La misma expresividad lograda en el exterior, se advierte en el interior en el que el juego de planos refleja, con estricta sinceridad, el sistema de cubierta, matizado por el tratamiento de luces, sombras y penumbras. En este caso, como luego el propio Ayuso repetiría en Cortichelles, el campanario deja su tratamiento prismático, planteando un juego de reminiscencias neoplásticas a partir de dos planos perpendiculares.

Pese a sus diferencias, la organización de estos dos poblados responde a una geometría ortogonal similar a la que hemos visto en los proyectos de Valencia. En Nava de Campana, quizá, parece más ortodoxa al plantearse la trama tangencialmente a la carretera de acceso con las correspondientes arboledas de separación en algunos momentos. Aunque la malla, como siempre, no es una cuadrícula estricta, en este caso los viales paralelos a la carretera sí que se delinear en su totalidad, de lado a lado de la planta, sin quiebros, potenciando la ordenación del conjunto con una clara direccionalidad. La ordenación de Mingogil es bastante más confusa en cuanto a las circulaciones principales (sometidas a continuos quiebros) y, desde luego, desaparece cualquier idea de tangencialidad. La población se divide en dos conjuntos ortogonales, girados unos 30 grados, entre los cuales se define un vial que puede considerarse el eje del conjunto, que comunica la carretera de acceso con el sugerente conjunto de la cooperativa agrícola, separado del pueblo detrás de una frondosa pinada.

Frente a esta actitud de Ayuso, correcta pero continuista con los poblados del INC realizados durante los años 50, el proyecto de Fernández del Amo sí deja entrever un cambio de intenciones respecto a sus propias propuestas de la década anterior en Alicante. El plano de la planta general de Cañada de



7. Nava de Campana, Ayuso Tejerizo, 1959, iglesia, interior (2008). Foto: Justo Oliva Meyer y Andrés Martínez Medina



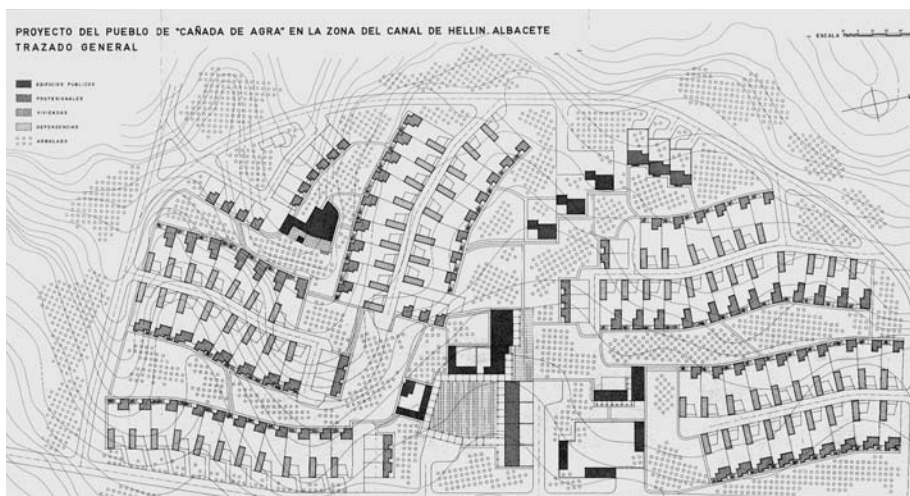
8. Mingogil, Ayuso Tejerizo, 1962, plano general. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

Agra delata las diferencias respecto a las soluciones ya comentadas. La ruptura de la ortogonalidad es clara. No se trata de un cambio meramente geométrico, sino que responde a la adecuación de las construcciones a una orografía más difícil que en cualquiera de poblados anteriores. Las agrupaciones de vivienda se hacen de forma lineal ordenadas a ambos lados de un vial sinuoso (calle de servicio), que se amolda a las curvas de nivel del terreno y desde el que se accede a las edificaciones de carácter agrícola situadas en la parte posterior de las parcelas. Estas unidades residenciales se separan entre sí mediante espacios libres, a los que dan siempre las fachadas principales de las viviendas. En ellos, la aridez inicial es sustituida por las frondosas pinadas actuales. De esta manera, el paso entre los diferentes conjuntos edificados se hace a través de zonas verdes, cobijadas bajo las coronas de los pinos que se plantaron de forma simultánea a la construcción del pueblo y que actúan como grandes pórticos naturales sobreelevados. El dibujo del plano general expresa con mucha claridad esta idea, en la que los espacios libres son tratados como un jardín-paisaje, fluido y transitable, que ata los diferentes edificios y que no hace otra cosa que ejemplificar el paso del concepto del pueblo, con un cierto carácter urbano, al concepto de aldea, con un inequívoco carácter más rural.

Hay un factor importante que se controla y se modifica: los vehículos no deben tener acceso a todos los espacios del conjunto como hemos visto en todos los proyectos anteriores. Aquí no, el pueblo se sitúa tangente a la carretera de acceso (como muchas otras veces), pero este vial constituye solamente una de las cuatro orientaciones de la circunvalación que rodea a todo el asentamiento. De este anillo, nacen los diferentes viales en los que se apoyan las agrupaciones de viviendas o llegan hasta los diferentes espacios públicos: plaza porticada con edificios representativos, conjunto parroquial y zonas escolares. Estos viales terminan en bolsas de aparcamiento y nunca atraviesan el poblado. De esta forma, los espacios libres dejados entre los sectores edificados son exclusivamente peatonales y se encuentran dominados por el paisaje definido por la variable orografía original y la protectora vegetación plantada. De forma contundente, la idea de aldea rural queda concretada desde la rigurosa separación entre las circulaciones –lineales y estrictas– de carácter rodado (de servicio) y las circulaciones –superficiales y totalmente libres– de carácter peatonal, siguiendo el modelo Radburn de ciudad-jardín⁵⁷ (1928), matizado desde experiencias más cercanas en el tiempo como la italiana del poblado de La Martella⁵⁸.

Esta idea de aldea no surge de repente en la obra de Fernández del Amo, de hecho ya se puede advertir en un proyecto tan temprano –y sugerente– como el del pueblo de Torres de Salinas⁵⁹ (1951), en la zona del Alberche (Toledo) y está insinuada en el proyecto alicantino del Realengo (1957) que, de alguna manera, se puede considerar un episodio de transición entre la idea del pueblo y el concepto de aldea. Este concepto estaba ya expresado en el celebrado proyecto de Vegaviana del año 1954. Seguramente, de ahí viene el éxito de esa propuesta. Pero mientras el ejemplo extremeño nace a partir del respeto a un encinar existente, en Cañada de Agra, el paisaje se crea a partir de la idea de un proyecto que se asienta en una orografía accidentada, pero extremadamente árida originalmente. Si Vegaviana fue la respuesta necesaria a la hora de intervenir en un paraje natural ya existente, en Cañada de Agra el paisaje es creado de forma simultánea al diseño de las construcciones, como respuesta a la orografía cambiante y con la idea de buscar una –íntima– complicidad entre arquitectura y naturaleza. Esta adecuación, orgánica, a la orografía y al nuevo paisaje, se potencia mediante la utilización predominante del ladrillo visto en todos los edificios, matizado e integrado con superficies revocadas muy texturadas (en zócalos y muros de planta baja) con el mismo tono ocre de los revestimientos cerámicos. De esta manera, ladrillo, revoco, tierra natural y los troncos de los pinos, con diferentes matices dentro de una misma gama cromática, se integran visualmente bajo el manto vegetal que protege todo el conjunto.

Con posterioridad a la propuesta de Cañada de Agra, Fernández del Amo concretaría en otros poblados para el INC, La Vereda (Córdoba, 1963) y Miraelrío (Jaén, 1964), dos soluciones que desarrollan, aún más, esta idea de aldea, conseguida, en estos casos, a partir de un criterio de ordenación bas-



9. Cañada de Agra, Fernández del Amo, 1962, plano general. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

tante diferente: la liberación de una gran superficie libre, de terreno original, limitada dentro de un anillo de viviendas, en cuyo interior (Miraelrío) o en su extremo (La Vereda) se colocan los edificios públicos. Sin embargo, hemos de advertir de dos importantes diferencias existentes entre estas dos aldeas y la albaceteña: sus proyectos tienen una dimensión mucho menor y, en ambos casos, la orografía en que se asientan es sensiblemente llana. Estas dos diferencias, unidas a los demás criterios comentados, convierten el ejemplo de Cañada de Agra, pese a la existencia de aspectos comunes a otros proyectos del INC, en una pieza única, bastante singular, no sólo dentro del conjunto de los poblados de la "zona de Levante" sino, seguramente, dentro de todo el conjunto nacional.

Las transformaciones décadas después

La visita actual a los poblados del INC provoca sensaciones encontradas. En primer lugar, se reconoce la gran coherencia urbana que provoca la creación *ex novo* del conjunto. En segundo lugar, estos conjuntos, que ya tienen en torno al medio siglo de existencia, dejan entrever algunos cambios en su fisonomía original que acaban por generar continuos desencuentros con aquella coherencia inicial. Estamos ante procesos que son más o menos evidentes según los casos pero que, en cualquier caso, son fruto de que los ciudadanos y sus administradores no son realmente conscientes de la existencia de unos valores culturales, urbanísticos y arquitectónicos, que haya que conservar y proteger.

El hecho de que los propios ayuntamientos acaben rehaciendo sus casas consistoriales según criterios irrespetuosos con la imagen original del poblado evidencia esta falta de conciencia de los poderes públicos respecto a los valores urbanos y arquitectónicos de su poblado pero, lo que es mucho peor, predicando el mal ejemplo a sus administrados. En este sentido, la transformación de la casa consistorial de Domeño, adoptando una imagen totalmente ajena a la iglesia situada en frente, o de la casa consistorial de Nava Campana, utilizando materiales inapropiados, o la sustitución del ayuntamiento de San Isidro, que en su estado original estaba perfectamente integrado en una plaza porticada que ha sido demolida para la incorporación del nuevo edificio, son ejemplos paradigmáticos –y tristes– demasiado frecuentes.

Cuando se habla con los vecinos de estos poblados, sí llega a percibirse un cierto aprecio hacia los valores originales del entorno construido que habitan pero, este hecho, no significa que sean conscientes de que las intervenciones reseñadas, poco respetuosas –en términos arquitectónicos–, signifiquen una merma cualitativa del poblado original. Esa contradicción se pone de manifiesto cuando se reconstruyen elementos singulares debido a problemas constructivos y se modifica su imagen anterior, ya sea de forma comedida, como en caso de la aparición de molduras en los frentes del porticado de la plaza de Cañada de Agra, o de forma drástica, como en el caso de la iglesia de Mingogil.

Las dudas que generan estas actuaciones tienen su continuación en las modificaciones planteadas por las obras de urbanización realizadas para conseguir los estándares urbanos actuales en unos entornos concebidos ya hace medio siglo. Las aceras y bordillos de estos conjuntos se planteaban con una amabilidad (piedra natural y desnivel reducido entre acera y vial) que contrasta con la agresividad de las soluciones actuales (bordillos de hormigón y acusado desnivel). Los pavimentados y asfaltados originales no se planteaban con esa universalidad actual que tiende a no dejar ningún rincón de la ciudad sin revestir. Este criterio genera un fuerte contraste con los diseños iniciales, sin embargo, se aplica constantemente de cara a la “modernización” y “adecentamiento” de los numerosos parterres y espacios ajardinados que se proyectaron.

El tratamiento original de estos espacios ajardinados era bastante libre. Con frecuencia, la frontera entre el suelo ajardinado y el dedicado a espacios peatonales –muchas veces de tierra o grava– apenas quedaba delineada por un bordillo de piedra. Actualmente se tiende a confundir esa diferenciación tan tenue, con espacios sin urbanizar sobre los que hay que actuar y que, en algunos casos, hay que preservar de su posible utilización peatonal. Este hecho lleva, como ocurre en la plaza de Mingogil, a que el excesivo tratamiento de parterres cerrados y acotados rompa la idea inicial de espacio ajardinado fluido y transitable, entorpeciendo la percepción unitaria del espacio más representativo del conjunto.

De forma simultánea a las actuaciones de carácter público, los habitantes de estos pueblos realizan las lógicas intervenciones sobre sus viviendas, ya antiguas. Los actuales propietarios presentan unas necesidades e inquietudes muy diferentes a las de aquellos colonos originales vinculados a la actividad agraria. Mientras las poblaciones cercanas a grandes ciudades, como Valencia, pueden convertirse en ciudades satélite de la gran urbe, los poblados más relacionados con entornos rurales adquieren, en algunos casos, un cierto carácter de segunda residencia. El uso agrícola, progresivamente, va dejando paso a los usos propios de la sociedad actual. Las pequeñas modificaciones y alteraciones se van sucediendo. Las vallas se elevan, buscando una privacidad que en la sociedad rural no era tan necesaria. Las texturas originales dan paso a la diversidad de materiales que ofrece hoy en día el mercado. Se cambian carpinterías, puertas, rejas y barandillas. Se modifican los acabados de las fachadas en busca de una diferenciación que, lógicamente, rompe con el concepto unitario de estos proyectos: aparecen cambios de color, recercados en los huecos, aplacados de piedra o alicatados de ciertos paños de la fachada y hasta balaustres en algunos antepechos.

Más importantes son los cambios de volumen, tanto en los anexos agrícolas, como en las propias viviendas. Aumentos de edificabilidad, totalmente incontrolados desde el punto de vista compositivo, que alteran las relaciones iniciales entre vacíos y llenos. También aparecen, con cierta frecuencia, aumentos de un piso sobre módulos de planta baja. De más difícil solución son las modificaciones amparadas por el nuevo planeamiento urbanístico. En la visita a algunos poblados se aprecia que llega a permitirse la división de los solares iniciales, de unos 600 m², en otros menores sobre los cuales se levantan nuevos edificios que alteran la morfología de las manzanas, la escala de la calle e incrementan la densidad de edificación. En ciertos casos, el planeamiento no sólo autoriza las subdivisiones de los solares, sino que también plantea un nuevo índice de edificabilidad, permitiendo la construcción de planta baja más dos pisos.

Estos procesos pueden apreciarse, de forma estremecedora, en aquellos conjuntos cercanos a la ciudad de Valencia. El conjunto de San Antonio de Benagéber ha perdido casi totalmente su percepción unitaria, pero en Loriguilla y Marines, un poco más alejados de la gran capital, también empiezan a ser significativos estos cambios. En San Isidro, su situación en una zona en evidente desarrollo (no ajeno a los procesos especulativos del sector inmobiliario), y la consecución de su independencia administrativa respecto al ayuntamiento de Albufera, ha supuesto un crecimiento en el que los procesos de sustitución y elevación se han acelerado en la última década. Pero, no nos engañemos, estos procesos también son perceptibles en aquellas poblaciones, como Nava Campana, que no han perdido su relación con las actividades agrícolas. El hecho de que el impacto sea menor no parece debido a una mayor preocupación por la conservación de los conjuntos, sino a la menor presión a la que se ven sometidos por parte del mercado inmobiliario.

Ante el desencanto producido por estas agresiones, la respuesta que las justifica siempre es la misma: estos cambios no hacen más que reflejar la evolución de la sociedad; los poblados se comportan como un ser vivo, que debe ir desarrollándose y adaptándose a las nuevas situaciones. Sin duda, parece aconsejable que estos conjuntos crezcan teniendo como objetivo fundamental la compatibilidad entre los legítimos beneficios económicos de sus habitantes y el mantenimiento de sus valores iniciales que, por otra parte, reportan importantes beneficios en términos de calidad urbanística y ambiental, aunque no sean fácilmente cuantificables económicamente.

Por todo ello, de cara al desarrollo y crecimiento de estos poblados, parece correcto prever ampliaciones de suelo urbano para no alterar la coherencia del conjunto inicial. En las nuevas parcelas, no sería complicado que la imagen de los módulos planteados por el INC conviviera con los módulos adosados al uso en el mercado inmobiliario actual. Pese a la mayor densidad de éstos, un cierto control en las calidades, acabados y composiciones seriadas, permitiría una coexistencia pacífica entre la edificación original y las nuevas promociones. Incluso, para acoger nuevos usos o equipamientos de la ciudad, no sólo es posible la construcción de nuevos edificios a partir de los criterios compositivos originales, también sería aconsejable la recuperación de aquellos edificios originales que han ido



10. Cañada de Agra, plaza porticada con la iglesia al fondo (2008). Foto: Justo Oliva Meyer y Andrés Martínez Medina

perdiendo el uso con el paso del tiempo. Los complejos construidos para las cooperativas agrícolas de Nava de Campana y Mingogil se presentan con una gran potencialidad en este sentido.

Si, además, aceptamos que el poblado histórico –por llamar así al conjunto inicial– debe asumir un cierto crecimiento interno en su adecuación a los nuevos tiempos parece lógico pensar que los amplios módulos superficiales de las viviendas de estos complejos, permiten asumir esos aumentos de aprovechamiento del suelo, sin tener que desvirtuar los aciertos compositivos originales. Un aumento excesivo de edificabilidad va en contra de la calidad urbana de unos conjuntos que, a partir de una supervisión correcta, tienen margen suficiente para crecer, reinventarse y desarrollarse internamente sin menoscabar gravemente su calidad urbana.

De la misma manera que en estos poblados, cuando se realizaron en varias fases, las sucesivas intervenciones adoptaban las mismas pautas de proyecto que la construcción inicial, a partir de la coordinación de los técnicos del INC, en la actualidad, el organismo competente –seguramente la administración local– debería retomar y asumir esa función supervisora, debidamente asesorada por los organismos provinciales y autonómicos que deben velar por el reconocimiento de los valores urbanísticos y arquitectónicos de estos conjuntos. Todo ello desde la perspectiva de la pertenencia a una sociedad que, cerca ya a la segunda década del siglo XXI, se le presume un grado importante de desarrollo cultural.

Desde este punto de vista, el tratamiento que reciben de la sociedad –desde las administraciones que vehiculan las propuestas y necesidades de los ciudadanos– aspectos patrimoniales tan importantes como la conservación del vasto conjunto de los pueblos del INC constituye un buen testigo del grado de desarrollo cultural del tiempo que nos toca vivir. Seguramente la falta de reacción ante la necesaria conservación de numerosos ejemplos de nuestro patrimonio urbano y arquitectónico pone en evidencia que el desarrollo económico que vive la sociedad no viene acompañado de su correspondiente desarrollo cultural.

Notas

¹ En el presente artículo utilizamos la misma denominación de “zona de Levante” que empleó el Instituto Nacional de Colonización (a partir de ahora INC). Con este término, en apariencia aséptico, se nombran los territorios por su situación respecto del “centro” geográfico, desdibujando intencionadamente otros criterios, entre los que están los históricos o culturales, que pudieran acotar la concepción unitaria de España.

² Hubo que parcelar los terrenos escogidos en función del clima y de su aptitud para según qué cultivos, crear los caminos de acceso, todas las infraestructuras y redes de riego (pantanos, canalizaciones, acequias, etc.), los poblados con su urbanización, equipamientos y viviendas; cada uno de estos frentes exigió diferentes equipos técnicos: de ingenieros agrónomos, de caminos, arquitectos, aparejadores, peritos, topógrafos, etc. A todo ello le antecedía la elección de las zonas en función de las cuencas a lo que seguían los procesos de obtención de los terrenos por parte del Estado, así como la vinculación de cada territorio y actuación a un municipio en concreto, con el consiguiente grado de autonomía o dependencia del nuevo poblado con respecto al pueblo matriz afectado, cuando no se crearon situaciones difíciles por la desaparición de pueblos enteros bajo las aguas de los embalses y había que adjudicar, además de tierras y edificaciones, nuevos términos municipales. Es obvio que la labor llevada a cabo por el INC es de una gran complejidad y terminaría por transformar en muchos sentidos el territorio, incluyendo su paisaje más natural.

³ Más adelante se estudian con detalle las actuaciones de San Isidro de Albatera y El Realengo en Alicante, de Marines, Tous, Loriguilla y Cortitchelles en Valencia y Mingogil, Nava de Campana y Cañada de Agra en Albacete. No se abordan, entre otros, los poblados de Aguas Nuevas (1964) en Albacete, del arquitecto P. Castañeda Cagigas, y de La Estacada vinculada a Jumilla en Murcia (1967), de J. L. Fernández del Amo, así como otras actuaciones más transformadas en la actualidad o de menor entidad en la provincia de Valencia.

⁴ Este debate adquirió mucha relevancia en la primera mitad del siglo XX cuando algunas vanguardias arquitectónicas de entreguerras plantearon modelos urbanos y sociales utópicos y algunos gobiernos fomentaron ciertas prácticas urbanísticas y arquitectónicas como

mejor expresión de su modelo social. Ni el urbanismo de los CIAM ni la arquitectura del movimiento moderno logró cambiar la sociedad en el sentido “igualitario” que se le presuponía, ni las actuaciones del comunismo de la URSS ni de los fascismos alemán, italiano o español alcanzaron sus objetivos de lograr sociedades, a su manera, también utópicas.

⁵ El límite de población venía condicionado por la cantidad de parcelas cultivables vinculadas y por la distancia de éstas a los poblados que hacía viable o no los desplazamientos diarios de los agricultores de la casa al campo.

⁶ En este sentido se pone de manifiesto el carácter centralista tanto del INC como de su oficina técnica de proyectos que tendió a unificar criterios urbanos y arquitectónicos en sus actuaciones, aunque algunos de estos principios no encajasen adecuadamente en ciertos territorios. También se evidencia el nivel de ósmosis y conocimiento que unos arquitectos tenían del trabajo de sus compañeros al asumir sus propuestas. Además, frente al carácter “ideológico” de las intervenciones de la Dirección General de Regiones Devastadas, el INC representaba una postura más “técnica”, tanto en lo urbano como en lo arquitectónico.

⁷ Los técnicos del INC efectúan una idealización del tipo de la “plaza mayor” de los pueblos castellanos donde, sin embargo, nunca está la iglesia y no siempre el ayuntamiento, ya que su origen es el descampado junto al caserío para el mercado, algo que la “idealización” olvida sustituyendo el sentido público y social de la plaza por el carácter representativo de los “poderes”. Esta idealización de “plaza mayor” se aplica de modo general a todos los poblados con ligeras variaciones.

⁸ En este sentido, sería muy interesante disponer de datos y cifras de cada uno de estos proyectos donde se reflejaran, para cada caso, la población inicial prevista, la superficie del poblado, las superficies cultivadas vinculadas, las superficies de los solares, las superficies de ocupación de las edificaciones, las superficies cerradas de patios, las superficies de viales y/o plazas públicas, las superficies construidas privadas y de equipamientos públicos, etc. Es obvio que los datos numéricos y estadísticos no definen el carácter de lo rural, pero sí ayudan a establecer los límites entre un pueblo “histórico”, que tiene vocación urbana en su compacidad y densidad, de un pueblo “rural”, que tiene mucho esponjamiento. Aquí no se llega a ese nivel.

⁹ Sin pormenorizar mucho, debe aclararse que estas variaciones de solares obedecían a parámetros de productividad agropecuaria. Las dimensiones de las parcelas rústicas y de los solares urbanos estaban en función de las posibilidades de la tierra y del clima: a mayor productividad del regadío, menor parcela de huerta y, por lo tanto, solares urbanos de medidas más pequeñas, y a la inversa, porque en su interior están los corrales donde se guardan los animales, los aperos y las cosechas. De hecho varían entre los 200 m² de los poblados de Valencia a los 600 m² de los poblados de Albacete y los 750 m² de Alicante.

¹⁰ BOHIGAS, I. GUARDIOLA, O., *Sobre la incontinencia urbana. Reconsideración moral de la arquitectura y la ciudad*, ed. Electa, Barcelona, 2004. Este autor resume los elementos que configuran las ciudades europeas en tres: compacidad, legibilidad del espacio público y superposición de funciones; véanse capítulos 21 a 24.

¹¹ FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L.: “Del hacer de unos pueblos de colonización”, *Rev. ARQUITECTURA*, nº 192, Madrid, 1974.

¹² Una idea similar a todo este discurso de la densidad y la compacidad puede verse en CALDUCH CERVERA, Juan: “La vivienda social como pretexto: el caso valenciano” en: JORDÁ SUCH, Carmen (ed.): *Vivienda moderna en la Comunitat Valenciana*, ed: COACV y Generalitat Valenciana, Valencia, 2007, págs.: 30-51, cuando afirma: “Frente a la compacidad de los pueblos valencianos tradicionales, en gran medida debida al alto valor productivo de las huertas circundantes, las propuestas del INC presentan una morfología dispersa que es más característica de otros lugares con agricultura de secano”.

¹³ Los principios “científicos” a que nos referimos son los que derivan de la ideología higienista del siglo XIX (ciudades sanas requieren de tierra, agua y aire sanos) que se concretaban en parámetros de densidad, soleamiento, ventilación y presencia de naturaleza, aplicados a edificaciones abiertas, sin patios de luces. En ningún momento, sin embargo, se aplicaron principios básicos de los CIAM tales como el predominio de la circulación rodada, las técnicas de la zonificación o la adopción del bloque plurifamiliar de viviendas; estos tres parámetros son específicos del carácter “urbano” (automoción, especialización y desarraigo). Por otro lado estaban los niveles de urbanización: todos estos poblados contaban con calzadas diferenciadas de las aceras, red de agua potable (con sus depósitos) y red de distribución de energía eléctrica tanto para el alumbrado privado como público.

¹⁴ A lo largo de sus siete años de publicación la revista A.C. dedica diversos artículos a la arquitectura popular del Mediterráneo que sugieren esta vinculación de la arquitectura del movimiento moderno con la arquitectura vernácula. En el nº 6, de 1932, aparece un artículo dedicado a Ibiza, a la cual califica de “la isla que no necesita renovación arquitectónica” y donde “no existen los estilos históricos”. En

el nº 18, de 1935, dedicado monográficamente a “La arquitectura popular mediterránea”, a la que se refiere como “Sin estilo, sin preocupaciones decorativas de escuela...” y se completa con un texto que se titula: “Raíces mediterráneas de la arquitectura moderna”, por donde desfilan ejemplos desde Andalucía hasta la Jonia, con especial mención a Menorca, Ibiza y Formentera. El nº 21, de 1936, se dedica en más de la mitad a los “Elementos de la arquitectura rural en la isla de Ibiza”. Ahora bien, el contenido de estos textos parece jugar más bien un papel de propaganda teórica mucho antes que un referente para la práctica, ya que las propuestas y obras concretas de los arquitectos del GATEPAC en relación al medio rural escasean, quizás porque la proyección del grupo era decididamente urbana.

¹⁵ AYUSO TEJERIZO, Jesús: “Memoria del pueblo de Cortichelles (Valencia)”, INC, Madrid, junio de 1962.

¹⁶ FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L., 1974, ob. cit.

¹⁷ Aunque sobre el tema de las iglesias volvamos más adelante (como el edificio más representativo de la comunidad, donde se aúnan tradición y modernidad), sirva ahora reseñar que en estos edificios trabajaron artistas del momento elegidos por Fernández del Amo, que fue Director del Museo de Arte Contemporáneo entre 1952 y 1959. Entre los artistas vinculados a los poblados de la “zona de Levante” que colaboran con este arquitecto están: Antonio Hernández Carpe (de Murcia), Manuel Baeza Gómez, Adrián Carrillo García y Arcadio Blasco (de Alicante) y José Luis Sánchez y Jacqueline Canivet (de Albacete). Otros artistas que colaboraron con Fernández del Amo en otros poblados son: Antonio R. Valdivieso, Antonio Suárez, Lorenzo Pascual, Pablo Serrano y H. Mompó.

¹⁸ El término “saladares” queda recogido como topónimo para dichos terrenos en el “Mapa de la huerta de Orihuela”, regada por el río Segura, en el libro de CAVANILLES, Antonio Josef: *Observaciones sobre la Historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia. Libro Quarto: Sur o tierras meridionales del Reyno de Valencia*, Imprenta Real, Madrid, 1797 (edición facsímil y comentada de 1997).

¹⁹ Las actuaciones realizadas por el cardenal Belluga a principios del siglo XVIII en esta zona de los Saladares supusieron la conversión al regadío de suelos pantanosos y la creación de las ciudades de Dolores, San Fulgencio y San Felipe Neri, algunos de cuyos terrenos lindan con San Isidro y de El Realengo.

²⁰ Si bien sobre José Luis Fernández del Amo existe una muy amplia bibliografía, por lo que respecta a las actuaciones en los Saladares de Alicante deben referirse dos excelentes trabajos: VARELA BOTELLA, Santiago: *Los barrios de viviendas en Alicante y provincia, 1940-1970*, ed. COACV y COPUT-GV, 1998 y MANCHÓN RUIZ, Enrique: *Los poblados dirigidos del INC de J. L. Fernández del Amo*, tesis doctoral inédita, tutor: Jorge García Torres, Dpto. Proyectos Arquitectónicos, Universidad Politécnica de Valencia, 2007.

²¹ Ninguno de estos poblados contó con cementerio en su inicio. Para San Isidro fue proyectado en 1969 por Pedro Castañeda Cagigas, mientras que El Realengo aún carece del mismo; las Casas no lo requerían.

²² Son diversas las publicaciones que recogen como fecha de proyecto el año de 1953, entre ellas la monografía y catálogo AA.VV.: *Fernández del Amo, Arquitecturas 1942-1982*, ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 1983. Sin embargo, los planos consultados tanto de poblado, iglesia, ayuntamiento y escuelas, están fechados entre mayo y diciembre de 1954. Santiago Varela afirma que estaba terminado en 1956.

²³ FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L.: “Memoria del poblado de San Isidro de Albuera”, Madrid, 1954. En ella se afirma que: “En el trazado general (...) ha influido sobre todo una exigencia de densidad de población” ya que “El número máximo de viviendas que ha de constituir el poblado, supone el mayor aprovechamiento de la superficie...” y, por lo tanto, “Como se ha dicho, el hacerse necesaria la mayor concentración posible ha motivado que las viviendas se proyecten medianeras, constituyendo bloques con un mínimo de fachada y la mayor dimensión hacia el fondo de manzana”.

²⁴ Los datos que aportan las diferentes fuentes y bibliografía son algo confusos para ambos poblados. En el caso de San Isidro la memoria del proyecto se refiere a “la construcción de un poblado que comprende 250 viviendas...”, que parecen haberse construido en una primera fase (1953-56) de 150 viviendas para colonos y 34 para obreros y en una segunda fase (1956-62) las restantes 66 viviendas, que quizás no se construyeron. En el caso de El Realengo el proyecto previó un total de 115 viviendas para colonos y 20 para obreros, de las que sólo se ejecutaron una primera fase (1957) de 20 viviendas para colonos y 10 para obreros y una segunda fase (1960) con 41 viviendas más, 31 para colonos y 10 para obreros. Por lo tanto resultan 184 (o 250) viviendas de San Isidro frente a las 71 (o 115) de El Realengo sobre una superficie de poblado en torno a las 18 hectáreas. Los solares de San Isidro son de 384 m² mientras que en El Realengo son de 750 m².

²⁵ En los planos iniciales, las dos calles principales que forman la T son más anchas, pero no tienen dibujado arbolado en su centro, sin embargo éste se incorporó en el proceso de urbanización convirtiéndolas en bulevares. Ambas calles se denominan, respectivamente, San Isidro y Mayor.

²⁶ FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L., 1954, ob. cit. En dicha Memoria se afirma que la solución urbana: “debe ser compatible con la vegetación (que existe) ... de gran valor”.

²⁷ Debe aclararse que lo que queda en pie nada tiene que ver con el proyecto original.

²⁸ Del lado de levante queda el complejo religioso que presenta un programa bastante completo y extenso; comprende: templo con coro y anexos, baptisterio, local de catequesis, campanario con pórtico de unión y un edificio con casa rectoral y centro de acción católica entorno a un patio situado en el lado norte del templo. En este mismo lado de levante también se ubicaba la cooperativa agrícola o hermandad sindical.

²⁹ Del lado de poniente, y cerrando los testeros de las manzanas, se preveían el club social (con cine), la posada-bar, el dispensario y las viviendas del médico y de las artesanías.

³⁰ Esta es la solución definitivamente ejecutada: una amplia avenida, que contenía el canal, cruza el poblado en dirección E-O, partiéndolo en dos. Sin embargo, existe un proyecto inicial (ver MANCHÓN RUIZ, E., 2007, ob. cit.) donde este eje está constituido por dos tramos no continuos: un primero va del espacio público a la carretera y un segundo va del mismo espacio, con otro entronque, hacia un camino que se dirige a San Felipe Neri.

³¹ En la actualidad se conserva en muy buen estado el conjunto religioso formado por baptisterio, templo, torre y parte de la casa parroquial. Han desaparecido, sin embargo, las dos alas de pórticos que abrían el claustro a la plaza y se ha sustituido por otro delante de la iglesia. También se ha modificado sustancialmente la zona de jardín, donde la vegetación de arbustos se ha sustituido por nuevos ejemplares de palmeras.

³² Con la expresión “huertas de Valencia” se intenta abarcar la totalidad de los terrenos de regadío de las cuencas de los ríos Júcar y Turia a su paso por la provincia de Valencia, no limitándonos al ámbito, más reducido, de la comarca de L'Horta que envuelve a la ciudad de Valencia.

³³ El actual pantano de “Benagéber” fue denominado en su día como del “Generalísimo”.

³⁴ El pantano de Benagéber daría lugar a los poblados de San Antonio de Benagéver (Paterna, 1949), a San Isidro de Benagéber (Moncada, 1950) y a Benagéber Nuevo (1953). El pantano de Loriguilla daría lugar a Loriguilla (1961) y a Más del Carril (1961) que pasaría a denominarse Domeño. El pantano de Tous daría lugar a Nuevo Tous (1963).

³⁵ Este es el caso de Marines Nuevo, que surgió a consecuencia de las lluvias de la riada de 1957.

³⁶ En este apartado se incluyen varias actuaciones, de escala más reducida que las anteriores, como Huerto Melchor (1951), San José Artesano (1959) en la finca Huerto Magallón y dos proyectos en la finca Torres Espioca (años 70) en Picassent. La más importante de todas ellas sería el conjunto de Cortichelles (1962) en Turis.

³⁷ Pedro Castañeda Cagigas también fue el autor de los proyectos de San Antonio de Benagéber y San Isidro de Benagéber, dibujados una década antes.

³⁸ La memoria del proyecto de Marines sólo refiere 198 viviendas para agricultores sin diferenciar entre colonos y obreros; viviendas que cuentan con sus anexos agrícolas y se desarrollan en solares de 300 m².

³⁹ La memoria del proyecto de Loriguilla detalla que en una primera fase se prevén 54 viviendas para colonos y 26 para obreros y en una segunda fase se prevén 100 viviendas más para colonos; todas cuentan con sus anexos agrícolas y se desarrollan sobre solares de 280 m² y 200 m² respectivamente.

⁴⁰ La memoria del proyecto de Tous detalla que se han previsto 254 viviendas de colonos y 106 para obreros; se supone que todas con anexos agrícolas aunque nada se especifica de las dimensiones de los solares.

⁴¹ En el caso de Tous, la arboleda con frente a la carretera superaba los 500 m de longitud y los 40 m de ancho.

⁴² Marines se ubicó en el lado noroeste de la carretera de LLiria a Olocau. Loriguilla se ubicó en el lado de poniente de la carretera de Riba-roja del Turia a Ventas del Poyo. Y Tous se emplazó en el lado norte de la carretera de Alberic al viejo Tous en el pantano.

⁴³ Como el tipo idealizado de plaza mayor, de origen castellano, albergaba frecuentemente el mercado, el espacio central se dejaba diáfano. En los ejemplos más claros los soportales recorrían todo el perímetro de la plaza. Por ello los pórticos parciales de estos ejemplos del INC –salvo en los casos de San Isidro y Cañada de Agra– significan una reinterpretación libre del tipo. La presencia de la vegetación y, por supuesto, el uso de tipos de edificación abierta también son ajenos a las plazas tradicionales. La introducción de la vegetación en la plaza pública es retomada de la tradición académica y las influencias higienistas del siglo XIX.

⁴⁴ Loriguilla es el único poblado del INC de la provincia de Valencia referenciado en COLOMER SENDRA, Vicente: *Registro de Arquitectura del s. XX, Comunidad Valenciana*, ed. C.O.A.C.V., C.O.P.U.T., I.V.E. y U.P.V., Valencia, 2004, tomo 2, pág. 466. También se recoge en esta publicación el poblado alicantino de San Isidro, tomo 1, pág. 379.

⁴⁵ Desaparece el quiebro del proyecto y aparece una manzana rectangular con 8 nuevas viviendas, sin escalonar sus módulos, acercando el conjunto a criterios ortogonales de ordenación más convencionales.

⁴⁶ Se recoge perfectamente el contexto hidrológico y agrícola, sobre el cual se producen los poblados del INC del campo de Hellín, en CANALES MARTÍNEZ, Gregorio y JEREZ CORDERO, David: *La actuación del Instituto Nacional de Colonización en el municipio de Hellín (Albacete)*, ed. Investigaciones Geográficas (publicaciones periódicas), Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2000, págs. 71-91.

⁴⁷ Según las memorias de los respectivos proyectos en Mingogil se plantean 80 viviendas para colonos de patrimonio familiar con sus dependencias agrícolas correspondientes y 16 viviendas para colonos de parcela complementaria (de estas últimas, se realizan 8 en una primera fase. En Cañada de Agra se plantean 80 y 24 viviendas respectivamente. en Nava de Campana, inicialmente se plantean 38 y 26 viviendas respectivamente (de estas últimas se realizan solo 12), pero el poblado se amplía posteriormente, llegando a construirse 94 nuevas viviendas para colonos de patrimonio familiar.

⁴⁸ CANALES MARTÍNEZ, G.; JEREZ CORDERO, D. (2000), ob. cit., pág. 78.

⁴⁹ Ibidem, ob. cit., pág. 83.

⁵⁰ El compartir determinadas soluciones constructivas, también podría venir motivada, en algunos casos, por la participación de las mismas empresas constructoras que, desde Madrid, abarcan todo el territorio español. Podría ser que las empresas plantearan soluciones fáciles para ellas y que los técnicos las aceptaran. Pensemos que alguna de las grandes empresas constructoras españolas se crearon esos años a partir de su vinculación con los organismos del Estado.

⁵¹ Aunque son conocidos los textos del propio García Mercadal sobre la arquitectura popular y sus continuos artículos publicados en la revista *Arquitectura* entre 1920 y 1934, puede entenderse, muy gráficamente, el acercamiento de García Mercadal hacia la arquitectura internacional a través de la arquitectura popular y “mediterránea” en el texto de RODRÍGUEZ, Delfín: “Fernando García Mercadal. La arquitectura y el mar”, publicado en el catálogo de la Exposición BLANCO OSBORNE, Adolfo (comisario): *Roma y la tradición de lo nuevo. Diez artistas en el Gianicolo (1923-1927)*, ed. SEACEX, Roma, 2003 y Madrid, 2004, págs. 132-142.

⁵² Puede verse, por ejemplo, como portada del libro PIZZA, Antonio; ROVIRA, Josep M. y SUSTERSIC, Paolo: *En busca del hogar. Coderch 1940/1964*, ed. Col·legi d'Arquitectes de Catalunya, Barcelona, 2000. Aunque algo tardía (1962), es una imagen que se identifica, perfectamente, con buena parte de las investigaciones de Coderch durante los años 40 y 50.

⁵³ En AYUSO TEJERIZO, Jesús: *Memoria de los proyectos de Mingogil y Nava de Campana*, podemos leer: “Todas las fachadas, tanto las de las viviendas como las de los edificios oficiales han sido tratadas con la mayor simplicidad, buscando el efecto estético en el juego de volúmenes acusados por la diferencia entre las masas de ladrillo visto, las encaladas y los paramentos retranqueados de porches y solanas, que irán pintados en colores fuertes”.

⁵⁴ Una anécdota puede ejemplificar la radical simplicidad con la que se tratan, con frecuencia, los campanarios de las iglesias de estos poblados: Ernesto Bovet, aparejador del INC que trabajó en la dirección de obra de los poblados de Alicante comentaba cómo los técnicos y jefes de obra que intervenían en la construcción de uno de los proyectos alicantinos, bromeaban con el propio Fernández del Amo cuando éste visitaba las obras: “El campanario parece un transformador eléctrico” le decían; a lo que el arquitecto les respondía, siguiendo la broma, con ironía: “Veo que habéis interpretado perfectamente cómo he querido captar la alta tensión divina, con toda su poten-

cia, y así poder transformarla en baja tensión que pueda ser apta para el consumo del espíritu humano". Esta anécdota, reinterpretada libremente a partir de nuestra memoria, deja bien claro como, en el diseño de la iglesia, los arquitectos se expresaban con una libertad y contundencia mucho mayor que en el resto de edificios.

⁵⁵ El esquema de cubierta mediante planos alterno es retomado por I. Volodko en el pabellón de la Representación Comercial de la URSS (Estrasburgo, 1929). Curiosamente el propio Volodko, ya había proyectado durante sus estudios (1923) un mercado cubierto en el que este esquema estructural se plantea de forma estricta. Véase JAN-MAGOMÉDOV, S.O.: *Las cien mejores obras maestras del vanguardismo arquitectónico soviético* ed. URSS, Moscú, 2004, págs 439 y 433 respectivamente.

⁵⁶ Como el conocido instituto de Herrera de Pisuerga (Palencia), proyectado por José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún en 1954. Este proyecto fue publicado en: *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 203, 1958, págs. 11-22, un año antes del proyecto de Nava de Campana.

⁵⁷ El modelo Radburn, ciudad de la periferia de Nueva York, (Henry Wright y Clarence Stein, 1928), propone una ciudad-jardín que separa las circulaciones peatonales y las rodadas. Aparece el anillo perimetral rodado y las calles en fondo de saco hacia su interior, pero las unidades residenciales se juntan bastante unas a otras ya que se separan, únicamente, por los pequeños jardines privados de las viviendas. Puede profundizarse en ésta y otras referencias en CALZADA PÉREZ, Manuel: "Influencias norteamericanas en el urbanismo del Instituto Nacional de Colonización", en AA.VV.: *La arquitectura norteamericana, motor y espejo de la arquitectura española en el arranque de la modernidad (1940-1965)*, ed. T6 Ediciones, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Navarra, Pamplona, 2006, págs. 87-96.

⁵⁸ En la barriada de La Martella, (1951-1954, Matera, Italia) Ludovico Quaroni plantea módulos residenciales lineales, separados entre sí por zonas libres, en torno a calles en fondo de saco, de forma semejante a la utilizada en Cañada de Agra. También coincide la situación de edificios públicos en el centro del conjunto, de forma algo dispersa. Sin embargo, la idea del anillo exterior desaparece. La aportación de Fernández del Amo en Cañada de Agra, consiste en utilizar el anillo exterior conjuntamente con los módulos de vivienda lineales del ejemplo italiano, universalizando el acceso mediante calles en fondo de saco para todos los edificios (tanto públicos como residenciales). De esta forma, todos los edificios pueden comunicarse de forma exclusivamente peatonal (como en Radburn) y todas las viviendas tienen fachada a generosos espacios libres (como en La Martella). El espacio libre se imbrica íntimamente con el concepto de espacio público, por eso la plaza porticada, aunque cerrada en cuanto a su recorrido claustral y por la existencia de edificios públicos en alguno de sus frentes, también está abierta parcialmente y se relaciona directamente con el paisaje creado en torno a los edificios.

⁵⁹ Puede verse en: AA.VV., (1983), ob. cit., págs. 44-45. Se utiliza parcialmente el modelo Radburn, pero se rompe mediante viales de tráfico rodado que atraviesan el conjunto, uniendo los lados opuestos del anillo perimetral.